

Título: Solo un nombre.

Seudónimo: Andy R.

Mis primeros recuerdos en la escuela siempre son bastante deprimentes. Los únicos episodios de los que me acuerdo son aquellos en los que algún niño me quitaba el desayuno, los insultos que recibía o la vergüenza que pasaba cuando nadie me quería en su equipo en los juegos de educación física. No sé si es que no tuve ningún buen momento durante mi etapa en el colegio, pero al menos yo no lo recuerdo.

El instituto fue más de lo mismo, e incluso empeoró. Los niños ya no eran niños y ahora tenían peores intenciones y palabras más feas que dedicarme. Supuse que se metían conmigo por ser “diferente”, pero yo no creía que mereciera todo lo que me estaban haciendo pasar. Mi vida era un completo infierno.

Ahora he acabado el instituto y, si fuera más ingenuo, pensaría que la universidad podría ser diferente. Por desgracia he vivido suficientes años de colegio e instituto como para saber que nada va a cambiar. Misma historia, distintos abusos.

Por suerte para mí, la COVID-19 ha decidido salvarme de otra horrible experiencia. Con esto de la pandemia me ofrecían la posibilidad de dar todas las clases virtuales, y ni siquiera se me pasó por la cabeza otra opción que no fuera esta. Algunos de mis compañeros iban de vez en cuando a clase, pero yo no tenía pensado pisar la universidad mientras pudiera evitarlo.

Gracias a las clases en línea puedo esconderme detrás de una pantalla, y solo soy un nombre para mis compañeros de clase. Nadie tiene motivos aparentes para insultar un nombre. Un nombre no es friki, ni está gordo, ni es un marginado ni un rarito; como he sido yo toda mi vida escolar.

Un día, en clase, una profesora nos pide que activemos la cámara para que nos presentemos. Y yo entro en pánico. Nadie necesita ver mi cara de gordo friki, llena de granos y con cuatro pelos en la barbilla que no pueden considerarse ni un intento de barba. Si me ven, nadie va a querer seguir hablando conmigo. Nadie se imagina que este soy yo en realidad. Me he esforzado mucho porque crean que detrás de mi nombre en la pantalla se escondía un tío guay, merecedor de su amistad, la persona que siempre soñé con ser. Me niego a renunciar a esto. Me siento paralizado, y lo único que se me pasa por la cabeza es salirme de la clase. Eso hago. Es mejor así.

Después de varios meses hablando con mis compañeros, les he cogido aprecio. Por primera vez en mi vida, no soy el blanco de todas las burlas. A veces siento un sudor frío, siento que se me hace un nudo en la garganta y me falta el aire. Tengo miedo de que llegue el día en que me vean y se arrepientan de haber estado hablando conmigo.

La verdad, creo que esta situación me ha salvado, y de una manera o de otra, en lo más profundo de mi ser, quiero seguir siendo solo un nombre.